

Frédéric du Portal

Los colores
simbólicos

*En la Antigüedad, en la Edad Media
y en los tiempos modernos*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Esoterismo
LOS COLORES SIMBÓLICOS
Frédéric du Portal

1.ª edición: septiembre de 2024

Título original: *Des Couleurs symboliques*
Traducción: *Juli Perdadejordi*
Corrección: *Elena Morilla*
Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-189-9
DL B 10819-2024

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PREFACIO.....	7
PRINCIPIOS DEL SIMBOLISMO DE LOS COLORES.....	21
EL BLANCO.....	25
LENGUAJE DIVINO	25
LENGUAJE SAGRADO.....	29
LENGUAJE PROFANO	33
EL AMARILLO.....	41
LENGUAJE DIVINO	41
LENGUAJE SAGRADO.....	47
LENGUAJE PROFANO	54
EL ROJO.....	59
LENGUAJE DIVINO	59
LENGUAJE SAGRADO.....	70
LENGUAJE PROFANO	82
EL AZUL	85
LENGUAJE DIVINO	85
LENGUAJE SAGRADO.....	89
LENGUAJE PROFANO	96

EL NEGRO.....	97
EL VERDE.....	105
LENGUAJE DIVINO	105
LENGUAJE SAGRADO	112
LENGUAJE PROFANO	123
EL ROSA.....	125
EL PÚRPURA, EL JACINTO Y EL ESCARLATA	131
EL VIOLETA	135
EL NARANJA	139
EL BRONCEADO.....	143
EL GRIS	163
RESUMEN.....	167
CONCLUSIÓN.....	179

PREFACIO

La historia de los colores simbólicos, que aún se desconoce, y de la que sólo ofrezco algunos fragmentos, quizá servirá para descifrar los jeroglíficos de Egipto,¹ y desvelar parte de los misterios de la antigüedad. No me jacto de haber alcanzado el objetivo en estas investigaciones; mi única ambición ha sido fijar la atención sobre el punto más descuidado y uno de los más curiosos de la arqueología.

Los colores tenían el mismo significado entre todos los pueblos de la Alta Antigüedad; esta conformidad indica un origen común que está ligado a la cuna de la humanidad, y encuentra su mayor energía en la religión de Persia; el dualismo de la luz y las tinieblas ofrece, de hecho, los dos tipos de colores que se convirtieron en los símbolos de los dos principios, el benéfico y el maléfico. Los antiguos sólo admitían dos colores primitivos, el blanco y el negro, de los que se derivan todos los demás; del mismo modo, las divinidades del paganismo eran emanaciones del principio bueno y el principio malo.

1. Véase Frédéric du Portal, *Los símbolos de los egipcios*, Ediciones Obelisco, 4.^a edición, Barcelona 1999.

El lenguaje de los colores, íntimamente ligado a la religión, se utilizó en la India, China, Egipto, Grecia y Roma; reaparece en la Edad Media y las vidrieras de las catedrales góticas encuentran su explicación en los libros del *Zend Avesta*, los Vedas y las pinturas de los templos egipcios.

La identidad de los símbolos presupone la identidad de las creencias primitivas; a medida que una religión se aleja de su principio, se degrada y se materializa, olvida el significado de los colores, y este misterioso lenguaje vuelve a cobrar vida con la verdad religiosa.

Cuanto más se eleva uno hacia el origen de las religiones, más aparece la verdad despojada de la aleación impura de las supersticiones humanas; brilla más en Irán, la patria de los primeros hombres.

«Los iraníes», según Mohsen Fany, «creían firmemente que un Dios supremo había creado el mundo por un acto de su poder, y que su providencia lo gobernaba continuamente. Profesaban temerle, amarle, adorarle devotamente, honrar a sus padres y a los ancianos; tenían un afecto fraternal para toda la raza humana, y una ternura compasiva hacia los propios animales».²

El culto al ejército celestial, el sabeísmo, vino a oscurecer estos sublimes dogmas sin destruirlos, y se conservaron en el *Desatir* y el *Zend-Avesta*; y, si la verdad estaba oculta a los ojos de los profanos, todavía se encuentra bajo los símbolos de estos libros sagrados.

Cuanto más envejece una religión, más se materializa: de degradación en degradación, llega al fetichismo; el culto de los negros es la última expresión de los dogmas de Etiopía y Egipto.³ En la época de Moisés, la religión egipcia mostraba todos

2. *Dabistan et les recherches asiatiques*, traducción, tomo II, pág. 98.

3. Los dioses de los egipcios, de los fenicios, de los cananeos, etc., eran como los de los negros, pequeños ídolos denominados *Ptha*, *Phetic*,

los elementos de decadencia y disolución; el símbolo se había convertido en Dios; la verdad, olvidada por el pueblo, fue exiliada a los santuarios y pronto los propios sacerdotes iban a perder el sentido de su lengua sagrada; apliquemos estos principios a la India y a sus brahmanes *bastardizados*, a la China y sus vergonzosos bonzos, a todos los cultos, al mosaicismo, a esos judíos que sacrificaban a los ídolos de los extranjeros.

Esta ley fatal de la humanidad explica la necesidad de las revelaciones sucesivas; el mosaísmo y el cristianismo son divinos sólo porque la intervención de la divinidad era necesaria, indispensable.

¿Cómo conciliar esta tendencia de cada pueblo a materializar su culto y la marcha progresiva de la humanidad hacia el espiritualismo religioso?

La antigua religión de Irán está olvidada; sus símbolos sagrados, la luz, el Sol, los planetas, están divinizados; es en el momento en que se realiza esta revolución cuando Abraham sale de Caldea y da vida a la verdad que está a punto de extinguirse.

El sacerdocio aún conserva el depósito del conocimiento divino en Egipto y en la India; pero los pueblos languidecen en la ignorancia; el politeísmo envuelve la Tierra con sus velos fúnebres, y Dios se revela entonces en la vocación del patriarca y comienza la popularidad de la religión a través del elemento de la sociedad, a través de la familia.

La irresistible tendencia humana lleva a los judíos cautivos en Egipto a la idolatría. Aparece Moisés, la verdad se convierte en pueblo, y el pueblo elegido, apenas alejado de vanas supersticiones, vuelve a caer en su letargo; en el desierto, sacrifica

Phateiq, de donde los griegos tomaron el nombre de *Pataiques*, y que, conservándose sin alteración entre los negros, es exactamente su palabra *Fetique* o *Fetiche*. (Court de Gébélín, *Monde primitif*, tomo VIII).

al buey Apis; en la tierra de Israel, pisotea la sagrada ley, se divide e invoca a los sangrientos dioses de los bárbaros. Pero el Eterno no abandonará la obra de regeneración; el pueblo profético había cumplido su misión, la era de la humanidad comienza y el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, llama a todas las naciones al banquete de la vida.

Así, la caída del primer hombre se refleja en la historia de cada pueblo. Esta fatal consecuencia funda el dogma universal de la caída y la rehabilitación mediante la intervención divina.

Los primeros capítulos del Génesis consagran esta verdad y la voz de los profetas la proclaman en Israel; pero no es el pueblo hebreo el único que eleva sus oraciones y esperanzas al Eterno; Persia, India, China, Egipto, Grecia, Roma esperan al Salvador del mundo. «No me llames santo», dijo Confucio a sus discípulos, «el santo está en Occidente»; y es de Oriente que parten los Reyes Magos y los enviados del emperador Ming-Ti, que trajeron de la India el culto al dios Fo.⁴ Ahora Dupuis y Volney mencionan estas tradiciones orientales y las atribuyen al culto del Sol, olvidando sin duda que este astro nace en Oriente y que el santo debía aparecer en Occidente.

La encarnación de la divinidad india fue tomada del cristianismo, lo admito; pero si fuera cierto, como establece la ciencia, que los libros sagrados de la India son anteriores a nuestra era, ¿no sería el mito de Krishna la más asombrosa de las profecías?

Egipto reivindica los mismos dogmas y los graba en los templos de Tebas. Orfeo los reitera en Grecia, y los versos sibilinos los anuncian a la reina del mundo. Si tuviera que informar de los pasajes de estos cantos proféticos, algunos cristianos dirían que han sido fabricados o falsificados; pero si los versos de Virgilio fueron inspirados a un monje gótico, el pagano

4. *Mémoires concernant les Chinois*, tomo V, pág. 59.

Servio, que las comenta, es un crítico de convento⁵; si Virgilio era romano, si floreció en la época de Augusto, ¿cómo anuncia que los últimos tiempos predichos por la Sibila se han cumplido, que la edad de oro avanza, que el Sol, símbolo eterno del Verbo divino, va a derramar su luz? ¿Quién es esta virgen y este niño que cambiará la faz del mundo? «Es Augusto», responden los doctos comentaristas; pero si la adulación del poeta aplica a un hombre esta predicción, ¿no estaba sin embargo dirigida a un dios?

El populacho rudo de la Antigüedad adoraba los símbolos materiales de un culto que era divino en su origen; la escuela del siglo XVIII iba a ver la adoración del Sol en el cristianismo; toda religión nace en el espiritualismo y se extingue en el materialismo; el fetichismo incrédulo de Dupuis, como el fetichismo supersticioso de la Antigüedad, denuncia el fin de una Iglesia y reclama una nueva regeneración religiosa.

La verdad parece ajena a la humanidad: regalo del cielo, los hombres la rechazan o la pervierten. El principio del paganismo debe buscarse en el corazón humano y no en la historia, que sólo puede captar su manifestación externa. La política no hizo nacer la idolatría; supo aprovecharla, darle nueva fuerza, pero no crear esta infinita variedad de divinidades; la unidad de Dios habría sido sin duda la religión creada por el despotismo oriental, la unidad de gobierno lo exigía; el politeísmo sólo podía hacer nacer cismas y divisiones.

Los símbolos de la divinidad materializados por los pueblos materiales fueron el origen de las creencias que embrutecieron a las naciones de la antigüedad, y cuatro mil años detuvieron la marcha del espíritu humano.

5. El jesuita Hardouin pretendía que la *Eneida* de Virgilio había sido fabricada por los monjes de los claustros de Cîteaux: se trata, sin duda, de una broma o de una mistificación.

San Clemente de Alejandría nos enseña que los egipcios utilizaban tres tipos de escritura; Varrón, el más erudito de los romanos, señala la existencia de tres teologías; y encontramos en la historia de las religiones tres períodos marcados por tres lenguajes distintos.

El *lenguaje divino* se dirige en primer lugar a todos los hombres y les revela la existencia de Dios; el simbolismo es el lenguaje de todos los pueblos, como la religión es propiedad de cada familia; el sacerdocio no existe todavía; cada padre es rey y pontífice.

El *lenguaje sagrado* nace en los santuarios, regula el simbolismo de la arquitectura, la estatuaria y la pintura, así como las ceremonias de culto y los trajes de los sacerdotes: esta primera materialización aprisiona al lenguaje divino bajo velos impenetrables.

Entonces, el *lenguaje profano*, expresión material de los símbolos, es el pasto arrojado a las naciones entregadas a la idolatría.

Dios habla primero a los hombres con el lenguaje celestial contenido en la Biblia y en los códigos religiosos más antiguos de Oriente; pronto, los hijos de Adán olvidan esta herencia, y Dios vuelve a decir la palabra bajo los símbolos de la lengua sagrada; regula los trajes de Aarón y de los levitas y los ritos del culto; la religión se vuelve externa, el hombre quiere verla, pues ya no la siente dentro de sí.

En el último grado de corrupción, la humanidad sólo comprende la materia; entonces el Verbo divino toma un cuerpo de carne para hacerse escuchar en el lenguaje profano como un último eco de la verdad eterna.⁶

6. Observemos aquí la vía de los hombres y la de Dios. En Irán domina el idealismo puro: los antiguos persas, según Herodoto, no tenían templos; en la India surge el espiritualismo dogmático, en Egipto el racio-

La historia de los colores simbólicos atestigua este triple origen, ya que cada matiz tiene un significado diferente en cada uno de los tres lenguajes, el divino, el sagrado y el profano.

Sigamos rápidamente la evolución histórica de estos símbolos.

Las tradiciones religiosas más antiguas cuentan que los iraníes asignaban a cada planeta una influencia benéfica o maligna según su color y el grado de luz. En el Génesis, Dios dijo a Noé: «El arcoíris será la señal de la alianza entre la Tierra y yo». En la mitología, Iris es la mensajera de los dioses y de las buenas noticias, y los colores del cinturón de Iris, el arcoíris, son símbolos de la regeneración que supone la alianza de Dios y el hombre.

En Egipto, el vestido de Isis reluce con todos los colores, aparece con todos los matices que brillan en la naturaleza; Osiris, el dios todopoderoso, le da la luz; Isis la modifica y la entrega a los hombres reflejándola. Isis es la Tierra, y su vestido simbólico es el jeroglífico del mundo material y el mundo espiritual.

Los Padres de la Iglesia, esos platónicos del cristianismo, ven en el Antiguo Testamento los símbolos de la nueva alianza; si la religión de Cristo es de Dios, si los hijos de Abraham recibieron la palabra santa, las dos tablas de la ley mosaica y cristiana debían unirse en un pensamiento común. José era un símbolo del Mesías, y su túnica, decorada con los más bellos matices que le dio su padre, fue el emblema de sus atributos divinos, dice San Cirilo.

nalismo humano y en Grecia el sensualismo. Así es el avance retrógrado del espíritu humano, mientras que Dios, empezando de nuevo la obra desnaturalizada, devuelve la verdad a los hombres por medio de la vocación de Abraham, por la misión del pueblo israelita; y por medio del cristianismo, revelándose primero a una única familia, pronto inicia a una nación para llamar a él a la humanidad.

Tales eran los símbolos del lenguaje divino cuando nació la lengua sagrada.

Las artes nacieron de la religión. Fue para adornar templos y lugares sagrados que la escultura y la pintura hicieron sus primeros intentos: este hecho se aplica no sólo a la historia de la raza humana, sino que es cierto en el origen de cada pueblo. En los monumentos más antiguos de la India y Egipto, así como en los de la Edad Media, la arquitectura, la estatuaria y la pintura son las expresiones materiales del pensamiento religioso.

La pintura, entre los hindúes, los egipcios y, aún hoy, entre los chinos, tomó sus reglas del culto nacional y las leyes políticas; la más mínima alteración en el diseño o el colorido suponía un grave castigo.

Entre los egipcios, escribe Sinesio, los profetas no permiten a los que funden los metales ni a los escultores representar a los dioses, por miedo a que puedan desviarse de las normas.

«En los templos de Egipto», dice Platón, «nunca permitieron, y siguen sin permitir hoy en día, ni a los pintores ni a los demás artistas que hacen figuras u otras obras semejantes que innoven nada, ni desviarse en modo alguno de lo que han regulado por las leyes del país; y si se quiere prestar atención a esto, encontramos en Egipto obras de pintura y escultura hechas hace diez mil años (cuando digo diez mil años, no es una exageración) que no son más bellas ni menos que las que se hacen hoy».⁷

En Roma, la pena de muerte se imponía a aquel que vendía o vestía una tela de color púrpura.⁸ Hoy en día, en China, el que lleva o compra ropa con diseños prohibidos del dragón

7. *Las Leyes* de Platón, lib. II.

8. Justiniano, *Cod. Lib. Tit.* 40.

o del fénix, se expone a recibir trescientos bastonazos y tres años de destierro.⁹

El simbolismo explica la severidad de las leyes y costumbres; cada color, cada diseño, se asociaba con una idea religiosa o política: cambiarlo o alterarlo era un delito de apostasía o rebelión.

Los arqueólogos han observado que las pinturas indias, egipcias y las de origen griego, conocidas como etruscas, se componen de tonos planos de un colorido brillante, pero sin tintes planos;¹⁰ tenía que ser así. El arte no sólo hablaba a los ojos de los profanos, era también intérprete y depositario de los misterios sagrados. Dibujar y colorear tenían un significado necesario, tenían que ser claros: la perspectiva, el claroscuro y los medios tonos llevaban a la confusión, eran desconocidos o su manifestación severamente reprimida.

Podríamos decir, sin invocar a ninguna autoridad, que, si el diseño de los jeroglíficos egipcios era simbólico, el color era también simbólico; ¿no ofrecía, de hecho, el medio más directo de llamar y atraer la atención? Incluso hoy en día, ¿no son los grandes coloristas más populares que los grandes dibujantes?

Si nos remontamos a los orígenes de la escritura, vemos que el color fue el primer medio de transmitir el pensamiento y de conservar su memoria. Los quipos del Perú y las cuerdecillas de la China, teñidos de distintos colores, constituían los archivos religiosos, políticos y administrativos de estos pueblos infantiles.¹¹ Los mexicanos dieron un paso más en el arte de representar el habla, y veremos a los colores desempeñando un papel importante en las pinturas de ese pueblo; los jeroglíficos

9. *Código Penal de China*, tomo II, pág. 340.

10. Quatremère de Quincy, *De la arquitectura egipcia*, pág. 167.

11. Véase Garcilaso de la Vega, *Historia de los Incas*, así como el *Chu-King*.

egipcios representaron el apogeo y la culminación de esa escritura simbólica. La lengua profana de los colores fue una degradación de la lengua divina y de la lengua sagrada. Encontramos vestigios de esta lengua entre griegos y romanos. En las representaciones escénicas, los colores tenían su significado. Un curioso pasaje de Pólux¹² da el sentido de esos emblemas empleados en las vestimentas teatrales: en ellos se encuentra todavía la tradición, pero materializada como lo está en nuestros días.

El cristianismo dio nueva energía al lenguaje de los colores e hizo recordar sus significados olvidados; la doctrina enseñada por Cristo, no era nueva, puesto que tomó prestados símbolos de las antiguas religiones. El Hijo de Dios, reconduciendo a los hombres a la verdad, no venía a cambiar la ley, sino a cumplirla; esta ley era el culto al verdadero Dios, revelado originariamente a todos los hombres y conservado en el arca santa del mosaísmo.

Moisés y los profetas citan libros sagrados que no figuran en la Biblia; las *Guerras del Eterno*, las *Profecías* y el *Libro de los justos*¹³ habían anunciado, pues, la palabra divina a otras naciones; encontramos prueba manifiesta de ello comparando los monumentos de la Antigüedad con los de la Edad Media.

Los tres lenguajes de los colores, el divino, el sagrado y el profano, se dividen en Europa en las tres clases de la sociedad: el clero, la nobleza y el pueblo.

Las vidrieras de las iglesias cristianas, como las pinturas de Egipto, tienen un doble significado, aparente y oculto; uno es para el vulgo, el otro para las creencias místicas. La época teocrática duró exactamente hasta el Renacimiento, cuando se extinguió el genio simbólico y se olvidó la lengua divina de

12. *Julii Pollucis onomasticum*, lib. IV, cap. 18.

13. Véase Números, XXI; Jeremías, XLVIII; 2 Reyes, cap. I, y Josué, X. Cf. El discurso preliminar del *Bhagavad Gita*, pág. 15.

los colores. La pintura es un arte y deja de ser una ciencia.¹⁴ Comienza la era aristocrática; el simbolismo, desterrado de la Iglesia, se refugia en la corte; desdeñado por los pintores, es redescubierto en los escudos de armas.

El origen de los escudos de armas se pierde en la noche de los tiempos y parece estar vinculado a los primeros elementos de la escritura; los jeroglíficos egipcios y las pinturas aztecas indicaban el significado de un tema mediante emblemas o armas parlantes.

Las pinturas mexicanas y la explicación que nos ha sido conservada bastan para no tener dudas al respecto.¹⁵ Las representaciones de divinidades indias y egipcias, monstruosos apareamientos de formas humanas y animales, tenían indudablemente un sentido misterioso. En Grecia, el progreso del arte liberó a la estatuaria y a la pintura de estas creaciones híbridas, pero las divinidades se habrían fundido en un mismo tipo. Se les atribuyeron atributos; el escudo de Júpiter era el águila y el rayo; el de Minerva, el olivo y el búho; Venus, la paloma.

La Edad Media renovó las creaciones bizarras de la Alta Antigüedad: en los más antiguos monumentos del arte cristiano aparecen composiciones mixtas; el cristianismo, como el paganismo, sólo pudo esculpir y pintar sus dogmas tomando prestado el lenguaje simbólico. De este modo, la reina Patoja fue representada con una pata de ganso en el portal de varias iglesias francesas.¹⁶

14. Cuanto más se deja notar la influencia del arte en las pinturas de la Edad Media, menos descubrimos en ellas huellas de simbolismo. La Biblia del siglo x que se conserva en la Biblioteca real es uno de los monumentos más curiosos en cuanto al simbolismo, y quizá el más deplorable en cuanto al dibujo.

15. *Compilación* de Thévenot.

16. Bullet, *Mythologie française*, pág. 33.

El escudo de armas de la nobleza fue la única forma que tenían los caballeros vestidos de hierro de identificarse en la batalla. El reino de Granada tenía nueve granadas; el de Galicia, un cáliz, el de León, un león; y el de Castilla, un castillo.¹⁷ Más tarde, el escudo perpetuó en las familias el recuerdo de grandes gestas y hazañas bélicas, pero las más de las veces se olvidó el significado primitivo.

Los colores eran sin duda significativos en estas representaciones en las que todo era un emblema. Los autores del arte heráldico así lo afirman y han conservado para nosotros el significado de los metales y los esmaltes, cuya tradición hacen remontar a los griegos.¹⁸

Explicaré el simbolismo de estos diferentes colores del blasón: la tradición de la antigüedad permaneció pura durante mucho tiempo y, en algunos monumentos, la lengua sagrada del blasón se utilizó para hacer comprender la lengua divina utilizada en el tema principal, al igual que la escritura fonética encerrada en un cartucho daba el nombre del personaje representado en los anaglifos egipcios.¹⁹

17. Pasquier, pág. 142.

18. Dice Anselmo, en el *Palais de l'Honneur*: «Todos los escudos de armas se diferencian en dos metales, cinco colores y dos pieles. Estos dos metales son el oro y la plata; los cinco colores, azur (azul); gules (rojo); sable (negro); sinople (verde); y pourpre (púrpura); los dos panes o pieles son armíño y vero». En su época, Aristóteles dio nombres a los metales y a los colores según los siete planetas. El oro se llamaba el Sol; la plata la Luna; el azur, Júpiter; los gules, Marte; el sable, Saturno; el sinople, Venus; y el púrpura, Mercurio. Y cada dios se vestía y pintaba con su propio metal y color. (Cf. Court de Gébelin, *Monde primitif*, tomo VIII, pág. 200).

19. Explicaré una vidriera en la que los tres lenguajes: divino, sagrada y profano, o religioso, heráldico y popular, repiten el mismo pensamiento.

La galantería de los moros y su mística del amor cerraron la era aristocrática y dieron origen al lenguaje popular de los colores que se ha conservado hasta nuestros días.

El enclaustramiento de las mujeres en Oriente dio nueva importancia a los emblemas de los colores; sustituyeron al lenguaje hablado, del mismo modo que el *selam* o «ramo simbólico» se convirtió en el lenguaje escrito del amor. Entre los árabes, como entre todos los pueblos, este lenguaje tenía un origen religioso. En la antigua Persia, los espíritus o genios tenían flores que les eran consagradas.²⁰ Esta flora simbólica también se encuentra en la India, Egipto, Grecia y Roma.²¹

El *selam* de los árabes parece haber tomado prestado sus emblemas del lenguaje de los colores; el Corán da la razón mística de ello: «Los colores que la Tierra extiende ante nuestros ojos», dice Mahoma, «son signos manifiestos para los que piensan».²² Este notable pasaje explica el vestido diáfano que lleva Isis o la Naturaleza, concebido como un vasto jeroglífico. Los colores que brillan sobre la Tierra corresponden a los matices que el vidente percibe en el mundo de los espíritus, donde todo es espiritual y, por tanto, significativo. Éste es, al menos, el origen del simbolismo de los colores en los libros de los profetas y en el Apocalipsis. El Corán reproduce la misma teoría en las visiones y trajes de Mahoma.

20. *Boun-Dehesch*, pág. 407.

21. Un sabio alemán nos ha dejado la historia mitológica de las flores en Grecia y Roma (Dierbach, *Flora mytologica, oder Pflanzkunde in beziehung auf Mythologie und Symbolik de Griechen und Rome*). Señalaremos la existencia de estas tradiciones en la Edad Media: su última expresión popular se ha conservado hasta nuestros días, y el autor del lenguaje de las flores ha recogido el significado emblemático de 190 plantas. (Delachenaye, *Abécédaire de Flore ou Langage des fleurs*. Didot l'aîné, 1811).

22. *Corán*, cap. 16.

Los moros de España, materializando estos símbolos, formaron un lenguaje que tenía sus propios principios y su propio diccionario. Un autor moderno ha dado un catálogo de más de sesenta de estos colores emblemáticos y el significado de sus combinaciones.²³ Francia los adoptó y ha conservado vestigios de ellos en el lenguaje popular. El azul sigue siendo el emblema de la fidelidad; el amarillo, de los celos; el rojo, de la crueldad; el blanco, de la inocencia; el negro, de la tristeza y el luto; y el verde, de la esperanza.

Así termina el simbolismo de los colores y, sin embargo, su última expresión materializada sigue siendo testigo de sus nobles orígenes. La pintura moderna conserva la tradición en los cuadros de las iglesias; san Juan lleva un manto verde, al igual que Cristo y la Virgen están vestidos de rojo y azul, y Dios de blanco. El simbolismo, esa antigua ciencia, se convirtió en arte y hoy no es más que una artesanía.

23. Gassier, *Histoire de la Chevalerie française*, pág. 351 y ss.

PRINCIPIOS DEL SIMBOLISMO DE LOS COLORES

Antes de intentar restablecer el catálogo de colores simbólicos, es necesario conocer las reglas gramaticales de este lenguaje. Procediendo, por análisis en el curso de esta investigación, tal vez sería difícil comprender la generación de los símbolos si no estuvieran precedidos por la síntesis que domina este sistema.

La física reconoce siete colores, que forman el rayo solar descompuesto por el prisma: violeta, índigo, azul, verde, amarillo, naranja y rojo.

La pintura sólo admite cinco colores primitivos, el primero y el último son rechazados por la física: blanco, amarillo, rojo, azul y negro. Todos los matices se crean combinando estos cinco colores.

Según el simbolismo, dos principios dan origen a todos los colores: la luz y la oscuridad.

La luz está representada por el blanco y la oscuridad por el negro; pero la luz sólo existe a través del fuego, cuyo símbolo es el rojo. Sobre esta base, el simbolismo admite dos colores primitivos, el rojo y el blanco; el negro se consideraba la negación de los colores y se atribuía al espíritu de las tinieblas.

El rojo es el símbolo del amor divino; el blanco, de la sabiduría divina. De estos dos atributos de Dios, el amor y la sabiduría, emana la creación del universo.

Los colores secundarios representan las distintas combinaciones de ambos principios.

El amarillo emana del rojo y el blanco, y es el símbolo de la revelación del amor y la sabiduría de Dios.¹

El azul emana también del rojo y del blanco; designa la sabiduría divina manifestada por la vida, por el espíritu o soplo de Dios; es el símbolo del espíritu de la verdad.

El verde está formado por la unión del amarillo y del azul; indica la manifestación del amor y de la sabiduría en la acción; era el símbolo de la caridad y de la regeneración del alma por las obras.

Podemos reconocer tres niveles en este sistema:

- 1.º la existencia en sí misma;
- 2.º la manifestación de la vida;
- 3.º el acto resultante.

En el primer grado domina el amor, el deseo o la voluntad, marcados por el rojo y el blanco; en el segundo aparece la inteligencia, la palabra o el verbo, designados por el amarillo y el azul; en el tercero la realización o la acción está simbolizada por el color verde. Estos tres grados, que recuerdan las tres operaciones del entendimiento humano, voluntad, razonamiento y acción, se encuentran también en cada color. Así, un mismo

1. El simbolismo no dice que el amarillo esté compuesto de rojo y blanco, ya que estos dos colores juntos forman el rosa; pero el símbolo del amarillo emana del símbolo del rojo y del símbolo del blanco; así, la revelación divina, representada por el amarillo, emana del amor divino y de la sabiduría divina, designados por el rojo y el blanco.

tono indica tres órdenes de ideas según aparezca en el rayo de luz que colorea, en segundo lugar, en los cuerpos translúcidos; y, por último, en los cuerpos opacos.

La pintura no podría reproducir las diferencias que vemos en los monumentos escritos de la antigüedad. Así, las vestiduras de Dios brillan como un relámpago, como la llama del fuego, como un rayo de Sol; es la luz coloreada que revela al profeta el amor y la voluntad de la Divinidad. Las piedras preciosas transparentes forman el segundo grado indicado por la luz reflejada interiormente. Se refieren al interior del hombre o al mundo espiritual. Finalmente, los cuerpos opacos, como las piedras y las vestiduras de lino, que proyectan luz por su superficie, indican el tercer grado o lo natural, que se manifiesta en la acción.

No necesitaremos profundizar mucho más en estas diferencias, pero es necesario señalarlas para comprender el valor absoluto de los símbolos. El blanco, por ejemplo, significa sabiduría en los tres grados; pero, en el primer grado, la luz blanca indicará la sabiduría divina que es la bondad misma; en el segundo grado, el diamante y el cristal serán los símbolos de la sabiduría espiritual, que posee la inteligencia interior de la divinidad; finalmente, en el tercer grado, la piedra blanca y opaca y las vestiduras de lino indicarán la sabiduría natural o la fe externa, que produce las obras.

REGLA DE LAS COMBINACIONES

Después de estos cinco colores vienen los matices compuestos: rosa, púrpura, jacinto, violeta, gris, tostado, etc. Estos matices reciben sus significados de los colores que los componen. El color dominante da al matiz su significado general, y el color dominado lo modifica. Así, el púrpura, que es rojo celeste, significa el amor a la verdad, y el jacinto, que es azul carmesí, representa la verdad del amor. Estos dos significados parecen

fundirse en su origen, pero las aplicaciones mostrarán la diferencia entre ellos.

REGLA DE LAS OPOSICIONES

La regla de las oposiciones es común al lenguaje de los colores y a todos los símbolos en general; les atribuye el significado opuesto al que poseen directamente. En el Génesis, la serpiente representa al genio maligno, y los Padres de la Iglesia llaman al Mesías la serpiente buena. En Egipto, el agua era el símbolo de la regeneración, y el mar estaba dedicado a Tifón, el tipo de la degradación moral. Del mismo modo, el rojo significa el amor, el egoísmo y el odio; el verde, la regeneración celestial y la degradación infernal, la sabiduría y la locura. Esta regla, lejos de añadir oscuridad o arbitrariedad a la clasificación de los símbolos, les confiere una energía desconocida para las lenguas vulgares.

El simbolismo de los colores no podía prescindir de este método, y lo ha conservado como una de sus herramientas de gran belleza. El negro, cuando se combina con los demás colores, les confiere el significado opuesto. Símbolo del mal y de la falsedad, el negro no es un color, sino la negación de todos los matices y de lo que representan. Así, el rojo designará el amor divino; unido al negro, será el símbolo del amor infernal, del egoísmo, del odio y de todas las pasiones del hombre degradado.

En el primer capítulo, creo haber establecido suficientemente que los colores eran simbólicos en la Antigüedad y en la Edad Media. En los capítulos siguientes, buscaré este significado en las fuentes religiosas e históricas; espero demostrar que, si los colores eran significativos, representaban las ideas que les he asignado.

En la tercera parte, que constituirá una sección especial, los monumentos pintados confirmarán la teoría y mostrarán sus vastas e ingeniosas aplicaciones.

EL BLANCO

LENGUAJE DIVINO

Dios es la vida, la unidad que abarca el universo; «Yo soy el que soy», dice Jehová. El color blanco debía ser el símbolo de la verdad absoluta, de aquel que es; sólo él refleja todos los rayos de luz; es la unidad de la que emanan los colores primitivos y los mil matices que colorean la naturaleza.

La Sabiduría, dice Salomón, es la emanación radiante de la omnipotencia divina, la pureza de la luz eterna, el espejo sin mancha de las operaciones de Dios y la imagen de su bondad; es una y todo lo puede.¹ Los profetas ven a la divinidad vestida con un manto blanco como la nieve, y sus cabellos son blancos o comparados con la lana pura.²

Dios crea el universo por su amor y lo coordina por su sabiduría. En todas las cosmogonías, la sabiduría divina, la luz eterna, doma las tinieblas primordiales y hace nacer el mundo en medio del caos.

1. *Liber sapientiae*, cap. VII, 25.

2. Daniel, caps. VII y X.

«En el principio», dice el Génesis, «Dios creó los cielos y la Tierra; la Tierra estaba informe y sin vida, las tinieblas cubrían el abismo y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas».

Según un oráculo citado por san Justino y Eusebio, los caldeos sostenían la misma doctrina sobre la divinidad que los hebreos.³ Le llamaban fuego-principio, fuego inteligente, esplendor increado, eterno, expresiones figuradas que también se recogen en los libros bíblicos. Jehová aparece en una zarza ardiente, una columna de luz conduce a los hijos de Jacob por el desierto. El fuego sagrado del tabernáculo es el símbolo de la presencia de Dios en Israel y su trono es el Sol.

El Génesis asigna un imperio distinto a la luz y a las tinieblas.⁴ Los antiguos persas vinculaban todas las nociones de belleza y bondad al primer principio, y todas las ideas de maldad y desorden al segundo.

Este dualismo se encuentra en todas las religiones, según una observación de Plutarco,⁵ confirmada por los descubrimientos de la ciencia; los persas llamaban a uno Ormuz y al otro, Ahriman.

Ormuz, dice el *Zend-Avesta*, elevado por encima de todo, estaba con la ciencia soberana, con la pureza, en la luz del mundo. Este trono de luz, este lugar habitado por Ormuz es lo que se llama la primera luz. Ahriman estaba en las tinieblas con su ley, y el lugar oscuro en el que moraba es lo que se lla-

3. *Par. ad gent. et demonstr. evang.* 3. Cf. Batteux, *Histoire des Causes premières*, pág. 29.

4. *Divisit Incem et tenebras.*

5. *Isis y Osiris* (Hay traducción española, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2015).

ma la tiniebla primera; estaba solo en medio de ella, él, que es llamado el malvado.⁶

Estos dos principios, aislados en el seno del abismo sin límites, se unieron y crearon el mundo, y desde entonces su poder fue limitado.

Las leyes de Manu enseñan a los indios que este mundo estaba sumido en las tinieblas; entonces, el Señor, existiendo en sí mismo y brillando con el resplandor más puro, apareció y disipó las tinieblas.⁷

El *Poimandrés*, obra que reproduce la doctrina egipcia, independientemente de quién la escribiera, establece el mismo dogma: la luz aparece y disipa las tinieblas, que se transforman en un principio húmedo.⁸ En las tradiciones conservadas por los griegos, Osiris es el Dios luminoso; su nombre, según Plutarco, significa «el que tiene muchos ojos»; su cabeza está adornada con tiras centelleantes, sin sombras, sin mezcla de colores. Tifón es el espíritu de las tinieblas; se le identifica con el Ahriman de los persas.

Virgilio, que había sido iniciado en los misterios y que relató la historia en su descripción del infierno, nos dice, según los griegos, que el dios Pan, blanco como la nieve, sedujo a la Luna.⁹

La Luna era el símbolo del principio femenino, de la materia que recibe y refleja la vida como la Luna refleja los rayos del Sol. Entre los egipcios, Isis era la divinidad lunar y la personificación de las aguas primitivas, la noche y el caos.

6. *Boun-Debesch*, págs. 343-344.

7. *Leyes de Manu*, lib. 1, 5 y 6. Cf. *Obras de William Jones*, vol. III, 352.

8. *Poimandrés*, secc. 4.

9. *Georg.*, lib. III, vers. 391.